

# El historiador en un mundo presentista<sup>1</sup>

*François Hartog*

El interés por el presente ha sido siempre el signo distintivo de la historia, habiendo estado ambos en todo momento estrechamente relacionados de diversas maneras (de las cuales podríamos, por otra parte, seguir la historia), se trate, en particular, de legitimar o de denunciar a ese presente. Pero al calificar el mundo de *presentista*, aun bajo forma interrogativa, apunto a algo diferente. Como ha sido señalado en diferentes oportunidades, las condiciones de ejercicio del oficio de historiador efectivamente han cambiado desde hace una treintena de años y continúan cambiando ante nuestros ojos. Frecuentemente se ha recurrido a la cómoda fórmula de "crisis".

¿A qué nuevas preguntas se ha visto confrontado el historiador? ¿Cuál es el papel que se espera que desempeñe o que no desempeñe? ¿En qué se transforman el lugar y la función de quien había sido definido en el siglo XIX -cuando la historia se había concebido como disciplina y se pretendía una ciencia- como el sabio mediador entre pasado y presente, alrededor de ese objeto privilegiado, sino único, de la nación o del Estado, en un mundo que privilegia en adelante la dimensión del presente y aun del presente solo, que se proclama globalizado y que se ve a veces como posnacional? En un mundo *presentista*, donde el presente se habría vuelto la categoría más globalizante y más explicativa, y en el que además la memoria se ha impuesto, desde hace una veintena de años, como una palabra de época: que hace época.

¿Cuál puede ser la tarea del historiador (y aun su responsabilidad) sino la de contribuir, a través de sus conocimientos, a un esfuerzo de lucidez para sus contemporáneos? Ahora bien, proponer una perspectiva crítica implica, como paso previo, examinar y tener en cuenta las condiciones de ejercicio del oficio para evaluar sus efectos sobre las posiciones efectivas e incluso posibles del historiador. Entre estas condiciones, me detendré ante todo en el tiempo. Si la relación con el tiempo es, para cada uno, una dimensión fundamental de la experiencia del mundo y de sí mismo, lo es doblemente para el historiador. Porque el tiempo es, antes que nada, aquél en el cual vive y trabaja, pero es también "su" período, el tiempo sobre el cual trabaja; el tiempo, pues, "ese fugitivo" o, más bien, los tiempos, las diferencias de los tiempos, la distancia, pero también los diferentes modos de ser en el tiempo que están en el centro mismo de su trabajo si no constituyen, incluso, su razón de ser. Así, François Bédarida lo llama "régisseur du temps".

"Ocurre frecuentemente que, bajo la influencia de fuertes y ricas tradiciones, toda una generación atraviesa el tiempo de una revolución intelectual sin participar en ella": este llamado de atención, enunciado no hace mucho por Fernand Braudel, es un alerta útil. Porque existen, como sabemos, las inercias de las disciplinas, las rutinas de las escuelas, el peso de las instituciones. El historiador que soy parte de un diagnóstico (compartido): el de la fuerza y la imposición de la categoría de presente (*Le sacre du présent*, retomando el título del libro de Zaki Laidi); formula una hipótesis: la del presentismo, como forma de denominar a esta experiencia contemporánea del tiempo, y propone, para conducir la investigación, un elemento heurístico: la noción del régimen de historicidad. ¿Con qué propósito? El de interrogar a las diferentes experiencias del tiempo o, mejor aún, a las crisis del tiempo, es decir, a esos momentos llamados "brechas" por Hannah Arendt, en los que la evidencia del curso del tiempo se desdibuja: cuando justamente la manera como se articulan pasado, presente y futuro deja de ser evidente. Comparando así, gracias al instrumento del régimen de historicidad, las *crisis* del tiempo en el pasado y en el presente que conocemos, para hacer surgir mejor su especificidad, ¿este presente contemporáneo difiere y, si lo hace, en qué, de otros presentes del pasado?

---

<sup>1</sup> Publicado en Devoto, Fernando, *Historiadores, Ensayistas y Gran Público 1990-2010*. Buenos Aires, Ed. Biblos, 2010.

¿Las experiencias contemporáneas del tiempo se vuelven más inteligibles si arriesgamos la hipótesis de un nuevo régimen de historicidad? Éste fue el procedimiento seguido en mi libro *Régimes d'historicité*. De esta forma, una de las maneras que tiene el historiador de hacerse contemporáneo de lo contemporáneo es comenzar por cuestionar la evidencia masiva de esta contemporaneidad, lo que significa lo contrario de correr detrás de la actualidad o ceder a la lógica del momento. Como señala Marcel Gauchet, hablando de experiencia: "Es necesario desear ser de su tiempo para serlo, y es necesario trabajar para lograrlo".

### **Las condiciones de ejercicio del oficio y las posiciones del historiador**

El rápido ascenso de lo "contemporáneo" o del "presente" como categoría dominante es el primer rasgo de esta coyuntura. Esto es evidente en historia, pero también en antropología, donde el movimiento ha sido aun más espectacular: de lo lejano y de lo tradicional a lo contemporáneo, a lo que está en camino de ocurrir, con rápida investidura de los lugares de la modernidad. La sociología tampoco lo ignora, aun cuando su proyecto ha sido desde el inicio la investigación sobre el presente de las sociedades. Esta contemporaneidad podemos aprehenderla cómodamente desde ya, o aprehender algunos rasgos a través de palabras que se han impuesto y que tejen la evidencia del presente. Si ya no hay grandes relatos, circulan en cambio palabras de orden, totalmente insoslayables, que son como las palabras clave del tiempo. Presente, memoria, conmemoración, patrimonio, identidad, crimen contra la humanidad, testigo, globalización, figurarían seguramente en una primera lista.

Lo contemporáneo es un imperativo. Se ejerce una fuerte presión para que las ciencias sociales se vuelquen más hacia lo contemporáneo y respondan mejor y más rápido a la "demanda social", a la urgencia de las situaciones, de las emociones, de las desdichas, y sepan ponerlas en cifras y en palabras. Para ocuparse de esa demanda se recurre a los expertos: se solicita entonces la intervención del historiador sobre todo como un experto. Aquel que, en las comisiones *ad hoc*, debería aportar los hechos e, incluso, nada más que los hechos.

Pero ese terreno de lo contemporáneo, donde el historiador no es más que un recién llegado, se encuentra ya ampliamente ocupado por otros actores, comenzando por los periodistas. Entonces, ¿cuál es el papel? Mientras nos encontramos en un tiempo mediático de historización rápida, casi cotidiana del presente, ¿el historiador puede, también él, hacer "historia en directo", dar en el día mismo el punto de vista de la posteridad y, por así decirlo, tirar más rápido que su sombra?

### **El testigo**

Esta progresión se acompaña de una intensificación del uso público del pasado, según la fórmula propuesta por el filósofo Jürgen Habermas durante la querrela de los historiadores alemanes sobre el nazismo y la historia alemana, que fue precisamente objeto de una controversia pública en los principales diarios del país. ¿Uso del pasado, buen uso del pasado? Y, en principio, ¿de qué pasado? Se trata ante todo de este pasado reciente que "no pasa" o de este "presente" (que tampoco pasa), de aquel mismo que ha sido nombrado, en esos mismos años, historia del presente. Así pues, para el establecimiento de esta historia, los actores son múltiples. Entre ellos, los testigos ocupan un lugar creciente, al punto de que una historiadora, Annet-te Wieviorka, ha podido documentar lo que llama *la era del testigo*. Un testigo es hoy, antes que nada, la voz y la cara de una víctima, de un sobreviviente al que se escucha, a quien se hace hablar, se graba y se filma. A este respecto la empresa reciente más considerable ha sido la lanzada por la Fundación Spielberg con el objetivo de recoger *todos* los testimonios de *todos* los sobrevivientes de los campos nazis. ¿Es el testigo una "fuente" o una "voz" que es mejor escuchar "en directo" (*on Une*), sin pasar por la "mediación" del historiador?

Consideremos las grandes olas de las conmemoraciones y, entre ellas, la del sexagésimo aniversario del desembarco aliado en Normandía, en 2004. Colocar a los veteranos en primera fila era una manera de honrarlos incluyéndolos, al mismo tiempo, *ipso fado*, en la maquinaria del espectáculo concebido para la televisión: a la vez primer espectador y actor (pasado y en ese momento). En 2005, la conmemoración de la liberación de los campos reunió, en Auschwitz-Birkenau, a los dirigentes de cuarenta y cinco países alrededor de un millar de sobrevivientes y de testigos directos. Estas celebraciones han venido a ritmar la vida pública, conjugando memorias (olvidadas, reencontradas, provocadas, etc.) y agendas cívicas y políticas: "memoria compartida", transmisión, lecciones. Una resolución del Parlamento europeo habla de las "enseñanzas a sacar del Holocausto". Claramente, los historiadores no son dueños ni del calendario ni aun de las preguntas o de los términos de los debates que suscitan estas manifestaciones, pero ellas tienen, indudablemente, una incidencia en las orientaciones de la investigación y los programas de edición, la movilización mediática y por lo tanto la percepción del historiador en el espacio público.

### **El legislador**

Los últimos años han visto una intensificación de la intervención del legislador en los ámbitos de la memoria y de la historia. Luego de la ley Gayssot del 13 de julio de 1990 "tendiente a reprimir todo acto racista, antisemita o xenófobo", el Parlamento francés votó sucesivamente, en 2001, dos leyes referentes a la memoria. La primera, sobre el genocidio armenio (18 de enero de 2001), incluía un único artículo: "Francia reconoce públicamente el genocidio armenio de 1915", con este considerando: "Nuestro país y las democracias tienen un deber imperioso de memoria. Esta memoria no puede limitarse a la historia de cada nación. Debe también extenderse a la memoria de la humanidad trágicamente afectada por varios genocidios en el curso de este siglo". Se va de lo particular a lo universal bajo el imperativo del deber de memoria: de la memoria de los armenios a la memoria de la humanidad por medio de la ley. En esa circunstancia, el legislador se veía menos como historiador que como guardián y pedagogo de la memoria. La segunda, en mayo de 2001, es la ley sobre "el reconocimiento de la trata de esclavos y de la esclavitud en tanto crimen contra la humanidad". Se trataba de que Francia "se inclinase ante la memoria de las víctimas de ese crimen sin padres". Nuevamente, deber de memoria. En efecto, estos textos tienen valor de síntoma: es la manera como el legislador comprende, retoma y, por así decirlo, aplica en primer lugar a sí mismo (en un espíritu de arrepentimiento laico) "el deber de la memoria". Este gesto, por otra parte, está lejos de ser aislado. El año 2004 fue declarado por la UNESCO "año internacional de conmemoración de la lucha contra la esclavitud y de su abolición". Último episodio en Francia (por el momento): la ley de febrero de 2005, con su artículo 4, felizmente revocado, que preconizaba un reconocimiento, en los programas escolares, del "rol positivo" de la colonización. Sin decirlo, se pasaba del deber de memoria a la prescripción de historia.

### **El crimen contra la humanidad**

Este deber de memoria vale, en principio y ante todo, justamente, para el crimen contra la humanidad. Definido por el legislador, el crimen contra la humanidad fue transmitido al juez antes de que los historiadores del tiempo presente se encontraran confrontados a su temporalidad inédita: allí, el tiempo no pasa. Desde la Carta del Tribunal de Nuremberg, la acción pública se ha vuelto, como se sabe, imprescriptible en los casos de crímenes contra la humanidad. Inscrito finalmente en el Código Penal francés en 1994, este régimen de imprescriptibilidad es en adelante reconocido (desde la decisión de crear una corte penal internacional, ratificada por Francia en 2000) por una mayoría de Estados. Imprescriptible quiere decir que, en este caso, la prescripción en el tiempo, que es común en la Justicia, no se aplica. Tampoco se aplica el principio de no retroactividad de la ley. Como ha señalado el jurista Yan Thomas: "El contrario de lo imprescriptible no es el tiempo que pasa, sino el tiempo prescripto": uno y otro se construyen igualmente. Imprescriptible quiere decir que el criminal

permanece contemporáneo de su crimen hasta su muerte y que todos nosotros somos contemporáneos de los hechos juzgados como crímenes contra la humanidad. La imprescriptibilidad "por naturaleza" del crimen contra la humanidad funda entonces una "atemporalidad jurídica", en virtud de la cual el criminal se mantiene siempre contemporáneo de su crimen. Puede ser percibida como una forma de pasado en el presente, de pasado-presente o, más bien, de extensión del presente a partir del presente mismo del proceso. Si, durante un proceso, el historiador entra en esa atemporalidad jurídica, el único lugar que le asigna el derecho penal es el de testigo, a quien se solicita oralmente, como es debido, el testimonio. Más ampliamente, se pueden constatar deslizamientos entre el tiempo del derecho con los regímenes de temporalidad que le son propios y el tiempo social, e incluso intercambios entre ambos, por intermedio, en particular, de la responsabilidad. El traspaso al espacio público del régimen de temporalidad de lo imprescriptible es probablemente, en efecto, uno de los signos de la judicialización de este espacio, que es otro rasgo de nuestra contemporaneidad.

### **El juez**

Siempre sobre el terreno de lo contemporáneo, el historiador se encuentra con otro ocupante de pleno derecho: el juez; directa o indirectamente, en términos reales o metafóricos. Este último encuentro no ha sido buscado por él sino que constituye otra manifestación de la judicialización del espacio público mencionada. Los jueces se encuentran encargados de decidir sobre (casi) todo y de "curar" males públicos y privados, pasados, presentes e incluso tal vez por venir. Se habla comúnmente de "terapia" judicial. De donde surge, en historia, la reapertura de un (antiguo) expediente -el de "el juez y el historiador"- y netas interferencias entre lo histórico y lo judicial.

Si nadie más habla del tribunal de la historia o en su nombre, se han reactivado en cambio las interrogantes sobre el juez y el historiador: quien emite la sentencia o, más frecuentemente, el juez de instrucción. Se retoman, bajo esta luz, las reflexiones sobre la prueba y la noción de contexto, pero nada sobre el juicio histórico, el juzgar.

También se han multiplicado las comisiones de historiadores, más o menos formales u oficiales (como la Comisión Independiente de Expertos suiza). Creada en 1996 por decisión del Parlamento y del gobierno, debía esclarecer la cuestión de los "fondos judíos y el oro nazi". La Comisión Verdad y Reconciliación en África del Sur fue de otro tipo: era otra cosa y más que una comisión de historiadores, encargada de investigar sobre los hechos. En el curso de sus audiencias fue en particular conducida a distinguir y a reconocer varios tipos de verdad: entre ellas, la "verdad que cura" (*healing truth*), aquella que resulta de la posibilidad de la víctima de decir públicamente lo que ha padecido. También fueron formadas las comisiones chilena, argentina, marroquí. En fin, varios procesos, justamente aquellos por crímenes contra la humanidad, se concibieron como si debieran ser momentos de memoria (las quejas de las víctimas debían poder ser dichas, escuchadas, y recibir una forma de reparación), pero debían también operar y sobre todo permanecer como "instrumentos de historia" (de ahí la decisión de filmar los debates). Plantearon, además, la cuestión específica -y que ha suscitado discusiones- de la presencia del historiador como testigo, testigo a título de su calidad de experto, ciertamente, pero antes que nada "testigo" en el sentido del Código Penal.

### **Medios de comunicación y emociones**

Nuestras experiencias cotidianas son hoy las de un mundo que privilegia lo directo y lo interactivo, el tiempo real, *Uve*, y en línea, lo inmediato y no la toma de distancia (el humanitarismo compasivo de los políticos y el remordimiento instantáneo), que habla más gustosamente de "pasado" (categoría vaga) que de historia, que presta mucha atención a la conmemoración, a su puesta en escena y a todas las técnicas de presentificación más que de explicación, que valoriza lo afectivo y la compasión más que el análisis distanciado, que cita al testigo, se nutre de memoria y visita los memoriales. El deber de memoria es el derecho, para

mí, a *mi* memoria. Actualmente el patrimonio está en manos de múltiples asociaciones que buscan en él una manera de habitar el presente. Aparecen allí, por igual, reivindicaciones y estrategias para reencontrar o darse una "historia propia", para decir quiénes somos y, más aún, quién *yo* soy hoy. Me reconozco en esta memoria que, en contrapartida, me lleva a reconocer. ¡En nombre de la identidad se ha vuelto la palabra clave!

### **Posiciones del historiador**

A grandes rasgos, el historiador ha ocupado cuatro grandes posiciones en el curso de los siglos XIX y XX. Se pensó a sí mismo como profeta (con Michelet como *vates* del pueblo), pretendió ser pontífice y maestro (con Monod y La-visse el historiador es aquel que tiende el "puente" entre la antigua y la nueva Francia), reivindicó "el olvido" previo del presente (con Fustel de Coulanges) para consagrarse solamente al conocimiento del pasado, destacó la necesidad de mantener unidos los dos extremos de la cadena: el pasado y el presente (con los *Anuales*); para Marc Bloch, la historia, "ciencia de los hombres en el tiempo", tiene "sin cesar necesidad de unir el estudio de los muertos al de los vivos". En 1867 un *Rapport sur les études historiques en France* concluía con estas constataciones radicales: "La historia de una época no nace sino cuando ésta se encuentra enteramente muerta. El dominio de la historia es, pues, el pasado. El presente pertenece a la política y el porvenir, a Dios". El autor no olvidó presentarse al ministro, destinatario del informe, como un "actuuario exacto". Actualmente, para ser admitido en el espacio público, para ser reconocido en la sociedad civil, el historiador debe "presentificarse", proponiéndose como experto y transmisor [*passeur*] de presente: ¿del presente al presente?

Muy explícitamente, esta posición de transmisor de presente es reivindicada por historiadores de lo contemporáneo o de lo muy contemporáneo, aquellos que ocupan en adelante los primeros roles en el espacio público. Algunas expresiones de ello son las fórmulas como "el presente se ha vuelto la categoría de nuestra comprensión de nosotros mismos", según las cuales corresponde al historiador "explicar el presente al presente". Fundada en 1984, la revista *Vingtième siècle* pretendía "hacerse cargo de la identidad del presente". En *Lieux de mémoire*, ése era el abordaje de Pierre Nora: en primer lugar el presente, es decir, el pasado en el presente y una historia nacional que se organiza de una manera no teleológica y no futurista, ni la epopeya ni la realización de la nación. Allí, la manera de ser del pasado debía ser, en efecto, la de su surgimiento en el presente pero bajo el control del historiador. Tal era el postulado de *Lieux de mémoire*, cuyo primer volumen apareció en 1984.

El historiador es bien un transmisor pero, si se sigue a Nora, solamente en el interior del círculo del presente, "entre la pregunta ciega y la respuesta esclarecida, entre la presión pública y la solitaria paciencia del laboratorio, entre lo que él siente y lo que sabe". Modesto, tal vez, pero finalmente transformado en historiador del presente, de pleno derecho y de pleno ejercicio. En cuanto a la historia, sea del presente o de otros períodos, debe asumirse como historia *en el* presente. La lógica de *Lieux de mémoire* conduce a concebir al historiador mismo, en el ejercicio de su oficio, como un lugar de memoria (de donde surge el programa de una *ego-historia* propuesto en un momento por Nora), mientras que el historiador moderno comenzaba por plantear la neta separación entre el pasado y el presente. En efecto, la historia no debía ser sino la ciencia del pasado, ciencia pura, y, su servidor, simplemente un ojo descifrando documentos en el silencio de los archivos. Aun en el caso de Fernand Braudel el historiador se veía dotado (aunque más no fuera implícitamente) de una posición de dominio que reposaba en su visión de conjunto.

### **Contingencia y crisis del futuro**

Llegó 1989, simbolizando, con la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre, el fin de la ideología que era concebida como el extremo más avanzado de la modernidad. En absoluto fin de la historia, ni aun en el sentido en que lo entendía Francis Fukuyama (fin detención y fin *telos*), sino, en cambio, seguramente cesura en el orden del tiempo (primero en Europa y luego

poco a poco en una gran parte del mundo). Si la gran onda memorial comenzó antes, desde 1989 se tomó más netamente conciencia de una desorientación del tiempo. Del mismo modo como, dos siglos antes, alrededor de 1789, se desmoronaban el antiguo orden del tiempo y el régimen de historicidad que lo traducía, con el progreso, el futuro se volvía la categoría motriz. Pero la gran diferencia es que hoy el futuro ha refluído: fue percibido cada vez más como cerrado. Pronto se habló de crisis del futuro. ¡La caída del Muro no ha liberado el futuro! El futuro está todavía allí pero, a pesar de que nuestros medios de conocimiento se han incrementado en proporciones gigantescas (con la revolución de la información), se ha vuelto más imprevisible que nunca. O, más bien, es como que hemos renunciado: plan, prospectiva, futurología, han caído en el olvido. Estamos completamente concentrados en la respuesta a lo inmediato: reaccionar en tiempo *real*. O, aún, el futuro es demasiado previsible, si no ya jugado (la catástrofe está casi aquí), y esto se ha acompañado del rápido e impresionante ascenso, en el espacio público, del principio de precaución.

En cuanto al pasado, la eliminación de la tiranía del futuro ha tenido también como consecuencia devolverle su opacidad, haciendo, igualmente, un pasado en parte imprevisible. Este pasado a reabrir, que no era ni lineal ni unívoco, era un pasado que íbamos a reconocer como un campo donde se entrecruzaban pasados que habían sido, un tiempo, futuros posibles: algunos habían comenzado a ser, otros habían sido impedidos.

Los filósofos, Paul Ricoeur en primer lugar, lo subrayaron, los historiadores lo retomaron: ajuste título y con efectos de conocimiento positivos. Esto no cambia el hecho de que la ética no es un punto de vista de sustitución en el que el historiador no tendría más que instalarse.

### **Memoria y patrimonio**

En Francia, los *Lieux de mémoire* conducían a reconocer la presencia de lo nacional y su profunda transformación diagnosticando, a la vez, un nuevo régimen de memoria que hacía menos referencia a la transmisión que a la reconstitución: archivista e historiadora. En resumen, la nación mesiánica había hecho lugar a una nación-patrimonio, como cultura compartida. Pero ¿compartida por quiénes? Era portadora de lo nacional sin nacionalismo, viviente pero pacificado, en una Francia a la que quedaba el cultivo de su memoria como uno cultiva su jardín: en prejubilada de la historia.

El Estado-nación, se pensó frecuentemente en adelante, no está para imponer sus valores sino para salvaguardar aquello que, en el momento presente, inmediatamente, aun más, con urgencia, es considerado "patrimonio" por los diferentes actores sociales. El monumento histórico mismo viene a ser suplantado por el *memorial*, menos monumento que lugar de memoria, donde se procura dar vida o revivir una o varias diferentes memorias. En cuanto a la historia, tiende a fundirse en el *pasado*, percibido como una "entidad poco diferenciada, que se sitúa del lado de la sensación más que del relato, suscitando más la participación emocional que la expectativa de un análisis". Se trata menos de la historia que de un "pasado sensible" cuyo productor de historia local busca hacer experimentar la presencia, con ayuda de todas las técnicas de presentificación. Uno se sitúa allí en pleno uso presentista del pasado.

En los últimos veinte años, en Francia han sido censadas más de dos mil asociaciones cuyo objeto declarado es el patrimonio o el marco de vida, que es llamado "pequeño patrimonio". Se trata en este caso de patrimonio local. Asociando memoria y territorio, estas operaciones apuntan en primer término a producir territorio y continuidad para aquellos que habitan allí hoy (y, con frecuencia, desde hace poco). "Las asociaciones del patrimonio muestran la construcción de una memoria que no está dada y, por lo tanto, tampoco perdida. Contribuyen a la construcción de un universo simbólico. De igual forma, el patrimonio no debe ser contemplado desde el pasado sino más bien desde el presente, como categoría de acción del presente y sobre el presente." En definitiva, el patrimonio, transformado en una rama fundamental en la industria del entretenimiento, es objeto de importantes apuestas económicas.

El "vale la pena el rodeo" de las guías, retomado por los operadores turísticos, lo inscribe en la mundialización. Su "valorización" se inserta entonces directamente en los ritmos y las temporalidades rápidas de la economía de mercado de hoy en día o, por lo menos, se ve confrontado a ellos. Un amplio sector ha conquistado su autonomía de esta manera, con sus formas de funcionamiento, sus imperativos, sus objetivos, sus personales.

Luego de las catástrofes del siglo XX, los numerosos desgarros, las fuertes aceleraciones tan perceptibles en la experiencia del tiempo vivido, ni el surgimiento de la memoria ni el del patrimonio hubieran debido o no deberían finalmente sorprendernos. Por el contrario, lo que singulariza el empuje patrimonial contemporáneo es la rapidez de su extensión, la multiplicidad de sus manifestaciones y su carácter fuertemente presentista en el momento mismo en que el presente ha tomado un lugar y una extensión inéditos (¡en adelante es sexagenario!) He indicado algunos signos. El memorial, preferido al monumento, o este último que se transforma en memorial; el pasado, que atrae más que la historia: la presencia del pasado, la evocación y la emoción se imponen frente a la toma de distancia y la mediación; la valorización de lo local que va unida a la búsqueda de una "historia de sí mismo", y, por último, el patrimonio, él mismo afectado por la aceleración: es necesario actuar rápido, antes de que sea demasiado tarde, antes de que caiga la noche y el hoy haya desaparecido completamente.

Sea manifestándose como interrogante, afirmándose como deber o reivindicándose como derecho, la memoria vale, en el mismo movimiento, como una respuesta al presentismo y como un síntoma de este último. Ocurre lo mismo con el patrimonio. Pero con un plus desde el punto de vista de la experiencia y, finalmente, del orden del tiempo. La patrimonialización del medio ambiente, que hace su entrada en la escena internacional con la Convención de la UNESCO de 1972, designa probablemente la extensión más masiva y más nueva de la noción. Opera indudablemente sobre el futuro o sobre nuevas interacciones entre presente y futuro, puesto que el medio ambiente es ese bien colectivo amenazado que los países signatarios deben comprometerse a proteger. Pero ese futuro ya no es promesa o "principio de esperanza"; es percibido como preñado de amenazas. Tal es la inversión de los términos. Una amenaza de la cual hemos sido los iniciadores y de la que debemos reconocernos hoy o, en su defecto, ya ayer, como responsables. El futuro ha dejado de ser un horizonte luminoso hacia el cual dirigimos órdenes de marcha más o menos vibrantes, para volverse una línea de sombra que hemos puesto en movimiento hacia nosotros, en tanto que parecemos agitarnos inútilmente en el presente y rumiar un pasado que no termina de pasar.

### **Perspectiva crítica**

Luego de este rápido esclarecimiento arrojado sobre la coyuntura, a partir de algunas palabras clave y bajo el ángulo de las posturas del historiador ayer y hoy, mi conclusión provisoria será en forma de proposición. Pasar del tiempo en cuestión al tiempo como cuestión. ¿Cómo? El régimen de historicidad, tomado como instrumento heurístico, es una vía posible. Mi reflexión de historiador forma efectivamente parte del presente, para ponerlo en perspectiva, en vista de volver a él mejor preparado. Pues, para mí, el historiador es ese viajero que va y viene entre presente y pasado: su actividad está hecha de idas y venidas. En ese movimiento, y gracias a él, puede construir un punto de vista susceptible de ser continuamente retomado. Busca los momentos de cuestionamiento, cuando las evidencias se enturbian y, en este caso, cuando las relaciones con el tiempo se revelan marcadas por la incertidumbre.

Para volver a expresarlo aquí, diré que entiendo por regímenes de historicidad las diferentes maneras de articulación de las categorías del pasado, del presente y del futuro. Según que el acento sea puesto sobre el pasado, el futuro o el presente, el orden del tiempo no es el mismo. El régimen de historicidad no es una realidad ya hecha sino una herramienta.

Hoy, la categoría preeminente es la del presente. Todo ocurre como si la inteligibilidad procediera casi exclusivamente de él. En ese sentido (solamente) no hay más pasado ni futuro,

ni tiempo histórico, si bien es cierto, como lo observaba Reinhart Koselleck, que el tiempo histórico moderno ha sido puesto en movimiento por la tensión creada entre el campo de la experiencia y el horizonte de espera. Que se trate de una situación transitoria o de un estado durable, nadie lo sabe. Lo que aparece es que este presente es la vez el tiempo de la memoria y de la deuda, de la amnesia en lo cotidiano, de la incertidumbre, de los sondeos incesantes y de las simulaciones más y más sofisticadas. ¿Hay que inducir de todo esto la puesta en forma de un nuevo régimen de historicidad? ¿Régimen en el cual serían identificables, al día de hoy, formulaciones locales, sectoriales, incluso disciplinarias, pero tal vez no, todavía, una expresión general o unificada? A menos que no fuera vano buscar una, si la dispersión o simplemente una multiplicidad de diferentes regímenes de temporalidad apareciera como un rasgo constitutivo y distintivo de nuestro presente. Dicho de otra manera, ¿se trata, y la pregunta queda planteada, de un presentismo por defecto -transitorio, temporario, a la espera de otra cosa, por ejemplo, una reactivación de un régimen moderno- o de un presentismo pleno: de una estructuración efectivamente inédita donde el presente es en verdad la categoría dominante, este presente producido por nuestras sociedades de la inmediatez, con sus tecnologías, el dominio del mercado, la economía mediática, con sus historias y sus crímenes de masa, el presente de la memoria, del patrimonio y de la deuda?